

«El viejo y el mar» me salió bien porque tuve mucha suerte

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

ESTE Ernest Hemingway, trián de siete mares, capitán de ballenero, jefe de las expediciones de caza mayor en África, torero de vocación, conocido en los gimnasios de Nueva York, ha venido a España para echarle un remiendo al corazón. Antes de mayo empiezan sus melancolías de ciclope, acordándose de Madrid, de la plaza de toros de Ronda y de sus amigos las "gentes del toro".

Esta tarde hemos ido a visitarle al Hotel Suecia. Llamamos a su habitación desde el hall.

—Sube.
La llave está puesta en la cerradura. Y dentro, en la habitación, el gran personaje, tendido sobre la cama, con un pijama azul con pintas y batín rojo cubriéndole el estómago. Tiene sus grandes pies al aire y la barba y el pelo revueltos y los ojos cerrados y las manos colocadas bajo la nuca.

Se incorpora violentamente para saludarnos. Se levanta desde el fondo profundo de su sueño.

—¿Dónde estamos, Marino?
—En Madrid.
—¿Qué día es hoy?
—Dos de julio.

—Ya. Empiezo a orientarme. Estos días han sido de continuos viajes siguiendo a Antonio Ordóñez. Muchas noches sin dormir. Muchos días en los que no teníamos ni tiempo de pararnos a comer en una fonda.
Pero en seguida se le pasa el sueño de rosca.

«El viejo y el mar» me ha salido bien

Hablamos del oficio. Hemingway lee mis reportajes de toreros.

—Hay que trabajar duro, Marino. Estás en la edad de arrimarte. No hay más remedio que arrimarse a los pitones.

Habla siempre en términos taurinos, con conocimiento asombroso de lo que los toros y su planeta son y representan, de cerca.

—Sí, hay que arrimarse; pero poniendo por delante mucho talento. Sino ¿para qué sirve arrimarse?

—Bueno, el talento es cosa de suerte. Hay que arrimarse. «El viejo y el mar» me salió bien porque tuve suerte al

arrimarme. Me quedé solo con un personaje metido en una barca. Y con el mar por delante. Fuera, elementos. Me arrimé mucho y mira, tuve suerte.

—Y lo que los flamencos llaman duende. Vamos: ángel, para entendernos.

Se ríe y cuando Hemingway se rie, saca sus dientes grandes y blancos entre su espesa barba.
—Pero a veces el ángel se duerme y hay que despertarlo, golpeándole en la cabeza sin dejar de trabajar.

Hemingway es un tímido, un hombre modesto, una criatura humana angélica en su trato.

Limosna a unos jesuitas para que recen por Antonio Ordóñez

Entra en la habitación un botones que trae un montón de cartas en una bandeja. Hemingway busca las gafas en la mesilla y se pone a leerlas, porque para eso hay confianza.

—Toma, lee esa.

—Está en inglés.

Me explica que es una carta

de unos religiosos americanos a quienes envió dinero para que dijese misas y rezasen por Antonio Ordóñez cuando éste había tenido la cogida en Aranjuez.

—Yo siempre pido por los demás. No encuentro justo pedir por uno mismo. Soy católico. Y lo que hace falta es tener bien la conciencia. ¿Tú me entiendes? A los toreros hay que ayudarles rezando por ellos, porque siempre están en peligro.

Una obra a fuerza de balazos

Se le quiere entrañablemente a este hombre monumental con los ojos claros, con la mirada limpia de los 20 años. Se le quiere a este caballero de conciencia tranquila, como un hermano mayor.

—Esto de escribir es una cosa seria. Yo hubiese escrito bien si hubiese nacido en España. Lo que he hecho ha sido a fuerza de vivir.

Enseña unas cicatrices que tiene en las piernas.

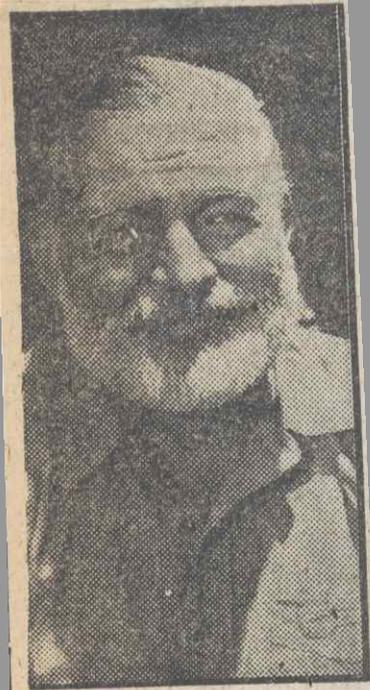
—¿Ves?... Balazos, balazos, balazos.

—¿Pero cuántos balazos tiene usted en su cuerpo?

—No sé; pero muchos. Y se encoge de hombros. Y vuelve a poner la cabeza sobre la almohada.

A las siete de la mañana, Hemingway, se va solo a la Plaza Mayor y al viejo Madrid.

—Lo bueno de Madrid es



andar por sus calles a esa hora de la mañana. Porque a Madrid hay que olerlo así. ¿Ves? Así... Es único.

Ahora se ha ido a Pamplona para correr en los encierros con su socio y amigo Antonio Ordóñez.

—Pero vuelve en seguida. Quiere apurar sensaciones de España, nuestro amigo Hemingway, el de la España violenta de los toros.

—¿Y usted cree que España, la que a usted le gusta, la pintoresca, resistirá el modernismo y la mecanización?

Se ríe, se ríe casi violentamente, como un gran muchacho.

—España puede con todo. Porque España es inoxidable. Y saca una gran navaja de larga hoja.

—No como ésta, que se oxida. España es inoxidable. Y tiene mucho gas.

Ernesto Hemingway, capitán, sobrino de Ulises, aventurero, corazón grande como la copa de un pino, acogedor, tímido y modesta criatura.